

EL

Laura Restrepo



20 años . libro al viento

SIRIACO



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

El Siríaco, de Laura Restrepo, es una edición especial que celebra la
hermandad cultural entre Santiago de Cali y Bogotá D. C.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Andrea Victorino Ramírez

Directora de Lectura y Bibliotecas

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parías Durán

Directora General

Lina María Gaviria Hurtado

Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Alba Yaneth Reyes Suárez

Subdirectora de Formación Artística

Andrés Felipe Albarraçin Rodríguez

Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches

Gerente de Literatura

ALCALDÍA DISTRITAL DE SANTIAGO DE CALI

Alejandro Eder Garcés

Alcalde Distrital

SECRETARÍA DE CULTURA DE CALI

Leydi Yojanna Higido Henao

Secretaria de Cultura

Julián Eduardo Arteaga Aguilar

Subsecretario de Patrimonio, Infraestructura y

Bibliotecas

Roxana González Gómez

Coordinadora General de la Red de Bibliotecas

Públicas de Cali

Germán Daniel Guerra Lara

Enlace de Poblaciones de la Red de Bibliotecas

Públicas de Cali

Jonathan Fernando Hurtado Carabali

Profesional de Relaciones Internacionales y

Cooperación

METRO CALI S. A. ACUERDO DE REESTRUCTURACIÓN

Álvaro José Rengifo Campo

Presidente de Metro Cali

Liliana Castellanos Luque

Directora Comercial y de Servicio al Cliente

Johana Leticia Lara Guerra

Jefe de la Oficina de Cultura y Gestión Social

Stefhania Libreros Serna

Profesional de Cultura y Gestión Social

PRIMERA EDICIÓN PARA LIBRO AL VIENTO

Octubre de 2024

Los derechos de los textos y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© 2012, 2024, Laura Restrepo, por los textos

© 2024, Laura Restrepo, en colaboración con The

Colchie Agency GP y Agencia Literaria Antonia Kerrigan

Melba Escobar, presentación

Javier Beltrán, dirección editorial

Ana Roda, edición

Camila Cardeñoso, diseño de la colección

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

BastardaType y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

© DONOSTIA K., por la fotografía de la página 69

© Hyeronimus Bosch, estudio de monstruos, por la imagen de la página 78

ISBN : 978-628-7686-41-0

Multi-Impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia



Octubre de 2024

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50 - www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

EL

SIRÍACO

7
EL SIRÍACO Y OTRAS FIESTAS

Presentación

13
EL SIRÍACO

69
LA AUTORA

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

EL SIRIACO Y OTRAS FIESTAS

Presentación

LAURA RESTREPO YA ESCRIBÍA CUANDO YO SOÑABA con escribir. Ya era publicada, leída, comentada, reconocida. Le he seguido la pista desde *Leopardo al sol* (1993), y he leído la gran mayoría de sus libros. En *Leopardo al sol* la gente es como habla, y eso me sedujo y me resultó cautivador. También la mirada de un mundo mafioso y violento con perspectiva de género, pues ya en este libro las mujeres son las cuidadoras en la sombra, las defensoras de machos hechos para la destrucción y la guerra.

Laura tiene esa facilidad natural para juntar una palabra con otra, hilar la trama, mantener el ritmo y la armonía, abordando temas gruesos y densos sin por ello dejar de hacer una broma ligera, sin olvidar el modismo coloquial, sin dejar de usar dichos bogotanos, siempre con un humor cachaco, al mismo tiempo elegante y ramplón, culto y divertido. En

Dulce compañía (1995), la Mona es una periodista que se va a los barrios periféricos de Bogotá para cubrir la noticia sobre la aparición de un ángel. Además del fuego arropador de las supersticiones, esta mujer se encuentra con un mundo para ella desconocido, de necesidades básicas desatendidas, abusos por parte de las autoridades, tradiciones y costumbres que le son por completo ajenas a pesar de haber nacido y crecido en la misma ciudad donde esto ocurre.

Y es que a Laura Restrepo hay unos temas que la obsesionan y que atraviesan sus obras: la desigualdad de clases, la guerra y la religión son algunos de ellos. En *La novia oscura* (1999) me enamoré del personaje de Sayonara, la enigmática prostituta de Barrancabermeja que sabía urdirse de misterio a pleno sol y en medio del concreto. Esta mujer misteriosa, que existió y sobre la cual Laura hizo una exhaustiva investigación, es una de tantas mujeres entregadas al duro e ingrato trabajo de ofrecer consuelo, o algo parecido al afecto, en forma de caricias a cambio de unos pesos: “Era un primer plano de una muchacha mestiza de una oscura belleza bíblica, sin maquillaje ni adornos, que respiraba un vaho de selvas vírgenes y al mismo tiempo de bajos fondos, que de verdad perturbaba”. Si me dieran la oportunidad de conocer a un personaje de ficción, elegiría a Sayonara.

Pienso que Sayonara es una como tantas, que ha vivido en la invisibilidad como tantas, peleado mil batallas como

tantas, en una vida de novela que, sin embargo, pocas y rarísimas veces llega a ser novelable. Como en *La novia oscura*. Un pequeño gran tributo a la mujer desposeída y no por ello menos digna y monumental. Con *Delirio* (2004), Laura le saca más brillo al lenguaje, construye una trama donde ilustra una radiografía de las contradicciones colombianas sin por ello sucumbir al realismo puro, mucho menos a un lenguaje costumbrista. Al contrario, la estructura permite que el lector se meza en una hamaca que va por oleadas de la magia al realismo, permitiéndonos navegar en un delirio que teje pasado y presente, fantasía y realidad. Su libro *Pecado* (2016) fue uno de los que tuve oportunidad de presentar. Entre líneas pueden leerse dilemas éticos sobre el bien y el mal, sin tener que entrar en una casposa disertación académica. Al contrario, entramos en el dilema de una chica que acaba teniendo una relación romántica con su padre, por ejemplo, una de las historias que más recuerdo de ese libro por la intensidad sensorial con que adentra al lector en una narración casi táctil.

En su narrativa, las emociones, las ideas y las acciones no suelen ir compartimentadas en distintas cajitas, clasificadas por temas, géneros y formas. Lejos de esta actitud de taxidermista, las letras de Laura se mueven orgánicas por el texto, así como por la cabeza del lector, por su cuerpo. A veces he sentido cómo lo que narra se cuela entre mis manos, se me

enosca como un nudo en la garganta, para luego salir liviano como una carcajada. Este aspecto sensorial, casi táctil de su narrativa, le da un poder especial a su denuncia constante del enjuiciamiento recíproco, pues lo lleva más allá de la teoría poniéndolo en práctica.

Con *Historia de un entusiasmo* (1995) volví a sentirme agradecida con esta autora que no compartimenta sino mezcla, permite que lo mismo respiren las ideas y las emociones, tal como ocurre en la vida, para que al final las certezas se estrellen contra un espacio en blanco. Además de leerla, a Laura Restrepo la he escuchado hablar muchas veces. Y con el paso de los años y de los libros, también yo me convertí en escritora. Con tan buena suerte que en tres oportunidades he tenido la ocasión de presentar sus libros y conversar con ella. He podido hacerle las preguntas que he querido. La he escuchado, y me ha cautivado con su inteligencia cálida y desparpajada y con su saber desprovisto de ostentación. Por todo esto, puedo decir que Laura Restrepo es la autora colombiana que más he leído, de quien más he aprendido y a quien más he admirado. No seguiré haciendo un recuento de sus libros porque entonces no acabaré nunca. Diré, eso sí, queridas lectoras, lectores, que el libro que están por comenzar a continuación es una gran síntesis de su obra. En *El Siríaco* (2012, 2024) vemos condensarse muchas de sus preocupaciones y sus temas de

las últimas décadas: la guerra, la religión, la subordinación de los desposeídos a los intereses y a las ideas de los poderosos, y el papel de la mujer como madre coraje, como cuidadora eterna, como diosa invisible y anónima que hasta el final luchará la batalla, muchas veces perdida, del amor filial.

Siríaco es en parte un santo, en parte un pobre diablo. Es, en últimas, un alfil de los hombres que juegan a la guerra y a la religión para mover sus fichas según les convenga. En *El Siríaco* podríamos estar en un país musulmán, en la Grecia antigua, o en la Bogotá actual. Todo al mismo tiempo y en el mismo lugar, la mazamorra, la chancleta, la sandalia o el huarache, distintas palabras para hablar de una sola y la misma humanidad, la de las guerras santas, los juicios y las condenas repitiéndose a través del tiempo y el espacio en un eterno retorno. Y en este relato hecho de continuidades, de repeticiones, de hermosos malabarismos con el lenguaje, de conversaciones que atraviesan siglos de una línea a la siguiente, encontramos a Mamantonia. La madre de Siríaco. La madre desposeída, la madre cuidadora, madre coraje. No es un libro convencional, tampoco fácil. Y esas son solo dos de sus cualidades.

Melba Escobar

EL

Laura Restrepo



SIRÍACO

Él nunca duerme, nunca come. Tampoco habla mucho.

Su columna es tan alta que se mece en las estrellas.

Hugo Ball

La soberbia es deseo de alcanzar una altura perversa.

Agustín de Hipona

DESDE LA AMPLIA TERRAZA DE SU PALACIO, UN hombre muy rico contempla el desierto. Todo lo que ve, le pertenece, y antes de él, a su padre, a su abuelo, a su bisabuelo. Por varias generaciones, hacia atrás y hacia adelante, su familia ha sido dueña del paisaje hasta donde alcanza la vista. El hombre se llama Olibrios el Influyente. O simplemente Olibrios el Rico. Su palacio, o fortaleza, se levanta en las afueras de un pueblo conocido como Telendos, o Telanisos.

Algo preocupa a este Olibrios. Sabe que en contra suya gravita un mal augurio, que pende como espada de Damocles sobre su nuca. Mucho antes de su nacimiento apareció la predicción escrita en letras de fuego sobre los muros, aunque para algunos aquello no pasaba de ser un grafiti trazado a golpes de espray, o a brochazos con sangre de carnero. Las

distintas interpretaciones coinciden, sin embargo, en el contenido de aquel letrero, que reza lo siguiente: *Cuando caiga el santo, Gebrayel el Arcaico destruirá el Reino.*

—Cuál reino.

—El reino de Olibrios, se deduce; el presagio es vago al respecto.

—Y cuál es el santo que menciona.

—Por ahora solo hay uno en ese pueblo.

—¿Siríaco el Estilita? ¿El santo que permanece encaramado en una columna?

—Ese mismo. Olibrios el Influyente tendrá que encargarse de que el Estilita no caiga.

—¿No caiga de la columna? O no cometa pecado.

—Ni lo uno, ni lo otro.

—Y quién es Gebrayel.

—El temible: el que espera su momento.

El presagio se cumplirá después de tres anuncios, o advertencias. La primera advertencia ya tuvo lugar. Todavía viven los viejos, hijos de otros viejos, que lo vieron e hicieron llegar hasta sus descendientes el hilo del recuerdo, que habla de desastres venideros, no precisados, pero sí presentidos con escalofrío.

Ese primer anuncio brilla afilado como una daga, corre suave como la seda y tiene la textura plástica, premeditada,

de una puesta en escena. Su gran formato ha sido ideado por un artista de la crueldad o un demente con vocación de cineasta, que del fondo de la conciencia va extrayendo una fila lenta de treinta y un hombres vestidos de negro, altos y esbeltos. Llevan el rostro cubierto, pero quienes observaron, pudieron adivinar facciones varoniles, sombras de barba espesa. Se trata sin duda de una falange de asesinos jóvenes y apuestos, que en una playa perfecta ejecutarán la cirugía más despiadada. Han escogido un escenario fotogénico; hay una voluntad de propaganda en todo esto.

Paralela a la fila de los hombres de negro, avanza la fila de sus víctimas. Estos también son treinta y uno y han sido uniformados en color naranja —señal de oprobio, así como sus rostros al descubierto—, y caminan al unísono: si no vinieran atados con cadenas, se diría que hacen parte voluntaria de un montaje en el que juegan el papel de mártires. A cada hombre de negro le ha sido asignado un hombre de naranja, y la playa es idílica. La fila negra hace arrodillar a la fila naranja a la orilla del mar. La ceremonia está dispuesta y no habrá imprevistos (todo ha sido ensayado al detalle). El sacrificio será oficiado en silencio, en una sincronía de movimientos que resulta espantosa. Esta coreografía de la muerte tiene una frívola vocación de espectáculo.

No hay voces, nada suena, ni siquiera el mar. No hay ruido en esta primera advertencia: abrumba el silencio. Los antiguos pobladores de Tolanis la contemplaron atónitos, sin llegar a entender qué bandos enfrentados eran estos, el anaranjado y el negro, ni por qué los unía un odio tan intenso.

—Cuántos hombres santos hay en mis dominios —pregunta Olibrios el Rico a sus consejeros.

—Que se sepa, uno solo: el Siríaco —así le responden—, por ahora, ese es el único santo con que contamos.

—¿Siríaco, aquel eremita encaramado en un pilar a las afueras del pueblo, donde empieza el desierto?

—Ese mismo. Sus muchas mortificaciones lo han santificado.

Olibrios el Influyente quiere averiguar de quién se trata; ha convocado a su Consejo en pleno para consultar asunto tan urgente. Tiembla su voz de impaciencia cuando les exige investigar a fondo los antecedentes del hombre de la columna. No acaba de creer en él, pero tampoco tiene alternativa de recambio.

—¿Acaso el Estilita tiene un pasado?

—Como todo el mundo. A la vida de los santos se le llama *hagiografía*.

Desde pequeño, siendo niño pastor, al Siríaco le gustaba hacer las cosas a su manera, que no se parecía a la manera de nadie. Mamantonia, su madre, lo llamaba a gritos, ¡Por la Vigen Santa, Siri, qué haces! Pero él no contestaba, se quedaba en la pradera balando como cordero y alimentándose de pasto, ¿y quién lograba convencerlo de que no era oveja entre las ovejas, uno más en el rebaño?

El niño croaba en el estanque de ranas. Qué haces allá solo, Siri, lo regañaba su madre, y él, no estoy solo, madre, estoy con ellas. El niño andaba desnudo como si nada, y de nada valía regalarle calzado. Y si en las noches tardaba en regresar, le hago compañía a la luna, decía. Qué difícil lograr que esa criatura comiera, o durmiera, o jugara con los demás niños. ¡Deja de hablar solo, Siri! Y él: No hablo solo, madre, converso con el silencio.

—Petulante él, desde pequeño.

El niño me salió raro, se quejaba Mamantonia ante sus comadres; el niño se cree rana, se cree oveja, se baña con luz de luna y duerme afuera en las noches. Mi niño se pone flaco, no come nada. Sí como, madre, mastico semillas de aire.

Desesperaba la madre ante tan severa anomalía de comportamiento. Amaba a este hijo extravagante más que a los otros hijos, más que a sí misma, si tal cosa es posible. Y al mismo tiempo maldecía la hora en que había parido a semejante

haragán, o bueno para nada, que no ayudaba en los quehaceres de la casa o del campo. Y así andaba ella, llenándolo de mimos pero también de reproches, hasta que un mal movimiento le torció la espalda a ella —la edad viene con achaques—, en calambre doloroso que no se le iba con nada.

Entonces el niño Siri se compadece, deja de cantar con las ranas y acude al lado de su Mamantonia, la accidentada. Pone su mano izquierda sobre el calambre lumbar, su mano pequeña y liviana apenas rozando como una caricia, como un leve y benéfico calor.

Y viene a suceder que la mujer se endereza, y que el dolor cede, se calman las mil agujas y su espina recupera el vigor de cuando tenía veinte años.

—De veras curó a su madre, ¿o desde entonces anda engatusando?

—Un gesto de amor de un hijo siempre nos sana, y si no nos sana, al menos nos alivia.

Quizá no fuera más que eso. Pero a partir de ahí, se esparció como incendio la fama del niño prodigio, y su prestigio de milagrero rodó de boca en boca por las muchas bocas de las veintisiete tribus del desierto.

Lo arrancan de las faldas de la madre, lo montan en caravana y empiezan a llevarlo de aquí para allá, como a maleta de loco, para que cure de ciática al uno y al otro de fiebre

tifoidea, de diabetes al patriarca, de sífilis al obispo y de friquidez a su amante favorita: a toda enfermedad le hace el intento el niño, hasta aquellas que no aún han sido descubiertas. Echa a andar por los caminos, como leyenda viva de santidad, y a su casa materna ya no regresa.

Dicen que esta Mamantonia, nunca conforme con la pérdida del hijo, desde entonces lo busca por el desierto y sus alrededores. Dicen que la ven vagabundear, llora que llora y llame que llame.

El Consejo de Olibrios el Rico escucha testimonios, redacta legajos, delibera. El objeto único de sus desvelos es aquel hombre sin techo que vive en lo alto de una columna, a las afueras del pueblo.

Desde la soledad de su mirador, el Siríaco desafía a la noche y se atiene a las consecuencias: ante él se abre un abismo de maravillas y de terrores. Suya es la lucidez; las cobijas son nuestra ceguera. Al Siríaco no podemos verlo, pero contamos con su presencia, que palpita al fondo de las plazas, por encima de la última fila de tejados, detrás de los muladares, el campo de fútbol, el matadero municipal y los huertos de tomate y berenjena.

No todos los consejeros confían en que el santón se mantenga libre de caída, sea por porrazo o por pecado. Dicen que lo sienten débil y proclive a la añoranza, y que en ciertas

noches lo escuchan lamentarse, e incluso llamar como un crío a su madre.

Hay quien le recomienda a Olibrios que busque por los pueblos vecinos y haga traer de lejos otro santo varón, más familiar, menos estrambótico. Al Siríaco le objetan que en él santidad y perversión van de la mano; dicen que dialoga con Dios y guerra contra el demonio, o a veces lo contrario. Ojo con la extrema bondad del Estilita —circula la voz de alerta—, mucho ojo con eso, porque *la Divinidad tiende a abatir todo lo que descuella en demasía*. Como todo delirio, este es de ida y vuelta. ¿El Bien y el Mal conviven en el Siríaco indistintamente?

Las cosas con el Estilita no se facilitan: si de él depende que la infausta profecía no se cumpla, quiere decir que es grave la decisión que tendrá que tomar Olibrios, la de poner el futuro del reino en manos de quien habita en el umbral de la locura, o de la lucidez absoluta. Desnudo y esquelético a punta de hambre, el santo de la columna tiene la piel llagada y todo él apesta y supura. Dicen que no puede ser bendito quien abandona y maltrata su propio cuerpo de esa manera, erigiéndose en altar al sufrimiento mismo. El dolor es sacralidad salvaje.

Del Siríaco murmuran que venera el dolor como otros veneran al Cristo.

—¿No viene siendo lo mismo?

—Es lo mismo, pero no es igual.

Encaramado en su mástil, echando luz como un faro, el Siríaco permanece de pie, solitario como el chulo del diluvio.

Quizá estén en lo cierto esos consejeros que dudan de la santidad del Estilita. ¿Qué busca este hombre, por qué se empeña en ver más que los demás, quién le autoriza escudriñar los misterios? ¿Acaso tiene brújula que lo guíe, para no perderse en las alturas del pánico? Sopla el viento en lo alto de su pedestal y agita sus pelos ralos. Su audacia perturba a las gentes. Vive en estado puro de fosforescencia cerebral, y un ángel inflama su sistema nervioso. Sus pretensiones se salen locamente del molde: su cabeza enorme pretende tocar el cielo.

El Siríaco es pararrayos del universo. ¿Podrá aguantar las descargas del cosmos, sus eructos feroces, sus vómitos volcánicos?

Lo fundamental viene siendo su compromiso y las posibilidades de cumplirlo. Este hombre se ha comprometido a que mientras tenga vida, no bajará de su pedestal; ha hecho ese juramento ante quien considera un Ser Altísimo (mil millones de veces más alto que él mismo). No bajará el Siríaco, pase lo que pase: esa es su sagrada promesa.

—Y si se baja, ¿peca?

—Peca mortalísimamente.

Conviene insistir en este punto: si el santo peca, se nos viene Gebrayel el Temible y desata un sálvese quien pueda.

—Gebrayel el Oscuro. Gebrayel el Arcaico, el Innombrable.

—Acabas de nombrarlo...

—Mala vaina.

Los consejeros le recomiendan a Olibrios poner a prueba al Estilita; montarle una trampa que permita calibrarlo. ¿Cuál ha de ser? Lo clásico. Una mujer, desde luego; esa será la cáscara de plátano. La trampa está orquestada, y ahora falta que caiga la noche llenando al mundo de miedos. *La oscuridad hierve de posibilidades, todas ellas indeseables*, dice por ahí algún sabio. Sobre el desierto pesa una quietud aplastante, y del fondo sale una figura solitaria con una lámpara en la mano. El halo de luz la rodea como a estrella pálida. Desde lo alto de su columna, el Siríaco la divisa en la distancia. Va cubierta de pies a cabeza, pero su forma de andar revela que se trata de una hembra. Collares de monedas falsas y cuentas de vidrio le cuelgan y tintinean. Contra la sorda inmensidad de la nada, suena dulce el repicar de baratijas. El Siríaco imagina un calzoncito, de esos que llaman *hilo dental*, apretado entre las nalgas portentosas, y en los tobillos de la hembra, prefigura arracadas de cobre que pesan y aprietan como argollas de esclavo. Todo eso lo inquieta sobremanera.

Quizá bajo el manto, la visión venga desnuda: se cruza ese pensamiento por la mente del santo, y su alma se encoge ante el agujonazo. ¿Estará de veras nuda bajo su cortina de velos

negros, o habrá hecho quizás como las yemenitas, que se tapan enteras, pero llevan debajo los negligés amarillos con encajes violeta que compran, a escondidas del marido, en los bazares de Sana'a la Antigua?

—¡El Siríaco peca de pensamiento! Ese santón no es confiable. Además, ya no existe Sana'a, hace poco la bombardearon.

La hembra nocturna zumba alrededor del santo como una mosca, espejea ante sus ojos y lo encandila como porno cibernético. Este santón devoraría insaciable un video tras otro: se amanecería buscando a Dios entre unas piernas prietas, abiertas en ángulo de noventa grados ante sus ojos ávidos.

—Su ojo, querrán decir. Solo le queda uno.

Los desvelados y los tísicos, únicos despiertos a esta hora (aparte de los consejeros de Olibrios) alcanzan a ver por un ventanuco cómo afuera el santo alza los brazos al cielo e implora perdón. Mi amado Señor, grita, déjame saber si eres Tú, o es el Otro, quien se hace pasar por hembra y me hace flaquear.

—¿Eres real? —atina a preguntarle el santo a la visión nocturna, y esta le contesta con una risotada que no es femenina.

Ya logra el Siríaco convencerse de la catadura non sancta del íncubo que tiene delante, y empeña todo su fervor en rogarle a Dios que le dé fortaleza para resistir.

—Ha pecado. ¡Ha pecado! Ahora sí, ha pecado —lo acusan de impostor sus detractores.

—¡*Vade retro, lupa!* —le grita el santo a la fémina, y logra sobreponerse. Se encierra dentro de sí, apaga el impulso lúbrico y recupera contacto con la tersa placidez del silencio.

—¿Pasó entonces la prueba?

—Escasamente. Pero se mantiene como primer candidato en la lista de Olibrios el Influyente, aunque solo sea por falta de otros postulantes.

Alguien dice: Para mí que el Estilita vuela de fiebre. Llamen a la Cruz Roja o a Médicos sin Fronteras, que lo bajen de allá los bomberos.

Una eternidad más tarde, rendido de cansancio tras emociones tan intensas, el Siríaco cierra su único ojo y se deja llevar por el sueño. Un sueño dentro de otro.

—¿No dicen acaso que nunca duerme?

—Medio cabecea a ratos, pero siempre de pie. Nunca duerme del todo, o nunca acaba de estar despierto. Quien nunca duerme escucha voces, para bien si son benignas, venidas de las alturas. Pero pueden ser voces amenazantes, obscenas como lenguas de fuego.

Bandas de francotiradores se ensañan entre tanto en Alepo. Tan de lejos le llega el fragor al Siríaco, que confunde las ráfagas de metralla con ráfagas de viento.

—Peca por indiferencia.

O no. Pese a su retraimiento, parece saber bien lo que ocurre aquí abajo, en la tierra de los demás hombres. El sol lo sofríe inmisericorde: no hay techo ni turbante sobre su cabeza, ni siquiera una cachucha de béisbol. Antes llevaba un capuchón de cuero, que el viento deshizo en girones y acabó por arrancárselo.

Solo, bajo la resolana, el Siríaco murmura la cantinela de un *mea culpa*. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

—¿Con qué culpa puede cargar el santo, si es cierta su santidad?

Hay quien cree adivinarlo. Se cruzan apuestas al respecto.

Le advierten a Olibrios el Rico: Desde que al Siríaco le salió competencia, se ha ido convirtiendo en fenómeno de feria. Lo acusan de explotar para sus propios fines el deporte del dolor —espeluznante—, la morbosidad de la llaga y la fascinación que ejerce la sangre cuando se sale de cauce.

Son tantos los curiosos que vienen a verlo, que la minúscula aldea de Telendos, o Telanisos, antes volcada sobre sí misma y apretada como una nuez en el siempre igual de sus hábitos rurales, se ha vuelto un revoltijo donde ya nadie conoce a su vecino. Lugar de tránsito, cruce de caminos, remolino de peregrinajes, Meca de aventureros, comerciantes de especias, bandidos, enfermos terminales, buscafortunas, meretrices,

suplicantes, profetas de ocasión, oportunistas y mercenarios. Eso es Telendos. Y en el centro del turbión, Siríaco el Estilita.

Otros lugares cuentan con su propio fenómeno de santidad y fuente de milagros. Tienen su foco de atracción, su estrellita en *La guía Michelin*, su particularidad que los hace únicos en medio de la monotonía de estas desolaciones. Hacia el sur, las gentes van en caravana a tocar la esfinge de un león de piedra que ruga sobre su pedestal. Hacia el oeste, se arremolinan en torno a los adoradores del Faló, que trepan por monolitos erigidos a imagen y semejanza de penes gigantes. Los del norte se entusiasman con las procesiones de flagelantes que exhiben las espaldas rotas a latigazos. Los demás se quedan en casa, escuchando por televisión la Encíclica de Francisco.

¿Ha tenido que esforzarse el Siríaco, renovar su catálogo de martirios, para no perder audiencia e impedir que empalidezca su mérito? Hay que reconocerle que ha sido el originario; es de su autoría la idea de encaramarse y permanecer arriba. Tan es así, que para él se acuñó el término *estilita*, del griego *stylos*, o pilar, que después aparecerá en los diccionarios.

Ahora tiene más competencia. A lo ancho del desierto han brotado como maleza las ruinas romanas, cada ruina tiene su columna, y a cada columna se encarama un profeta. Pero

la mayoría desiste a los pocos meses y desciende; se ha visto que los novatos no aguantan la prueba.

—El Siríaco ansía fama y notoriedad —dictaminan los consejeros—, tiene sed de admiración y aplausos.

La vanidad del Siríaco, ¿es acaso urgencia de verse ungido como el más sufridor, el campeón de los dolores, el que derrama más lágrimas? ¿Se exhibe como un boxeador que en el ring ostenta su aguante al castigo y deja al descubierto los daños recibidos, como si fueran medallas?

—¿Y en qué reside su fuerza, su poder de convicción? ¿Cómo puede un santón pestilente y desmechado ejercer tal influjo sobre la gente?

En tiempos que veneran el dolor y admiran el sufrimiento, el Siríaco es superhéroe. Anoche, sin ir más lejos. No nos dejaba dormir el frío: castañeteaban los dientes de nuestros hijos. Ya queríamos maldecir al invierno por su crueldad y al Dios cruel que lo creó, y en esas miramos por la ventana y lo vimos. Vimos al santo allá afuera, a la luz de la luna, como una aparición, o un fantasma, blanco él de escarcha, con las barbas colgando en carámbanos y moteadas de nieve las pestañas,

figurita de hielo que apenas respiraba en medio de la bruma. Y bastó con esa visión para reconfortarnos, y abrazamos a nuestros hijos para infundirles calor, y agradecemos la ayuda discreta de las mantas de lana y de los calcetines, y del fuego en la estufa, y del techo sobre nuestras cabezas. Bastó con eso.

El Siríaco es dueño del panorama. Domina desde lo alto las lejanías del Levante. Los arbustos espinosos, los tejos, los tilos y los abetos, las flores silvestres de mayo, los mantos de nieve en diciembre. El erial sembrado de arcos. Las tumbas de piedra.

—¿Y las frutas del pistacho, y los higos?

Desde niño no los prueba. A veces los recuerda cariñosamente, pero luego espanta esas nostalgias como si fueran moscas. Ya no sabe a qué saben los higos, ni cuál era el dulzor de los dátiles. Si es que alguna vez se los llevó a la boca.

—¿Quién lo acompaña al anochecer, cuando el pueblo se retira al descanso?

Lo acompañan los lobos, las mofetas, los chacales con sus hembras, las hienas con sus machos y sus crías, los venados. Se le acercan los osos que escapan de los circos. Y el hámster dorado, originario de Siria y ahora mascota de los niños europeos.

Del Siríaco se rumora que es el dueño del tiempo, y que desde su poste ve lo venidero como si fuera un antes. Eso

asegura Adonis, el poeta sirio. Y que echados a sus pies no están la vida o la muerte, sino el entrambos.

—Ya viene siendo tiempo del segundo presagio.

En efecto, el segundo presagio ya va asomando. El Influyente se da cuenta de ello y se le paran los pelos de punta. También sus súbditos ven el fenómeno, que empieza a desenvolverse.

—Y qué ven, exactamente.

Exactamente no lo sabemos, la percepción del asunto viene según quien. Las versiones coinciden, sin embargo, en una aparición más corta que la primera, pero igualmente admonitoria. Se trata esta vez de una gran tolda en medio del desierto: una prisión improvisada, donde a los presos se los toma por payasos.

Música alegre y banderines de colores anuncian el espectáculo. Es larga la cola de quienes esperan frente a la taquilla para comprar su boleto. Aturde un fuerte olor a aserrín, a *pop corn*, a orines de fiera. Al público lo recibe el gran Yusy, pulsador de alturas.

Adentro se extiende una fila de jaulas a lo largo de un corredor con ventiladores. Entre las jaulas hay hombres desnudos, ateridos, amarrados. Doblados en dos, obligados a mostrar el culo y a andar en cuatro patas. Están empapados y su piel se eriza bajo los reflectores. El público adolescente circula por ese corredor y no se pierde detalle. A los enjaulados, que

han sido cegados con vendajes, les tiran a la cara palomitas de maíz y les gritan *sucios, sucios, dirty, dirty*. Un letrero titila en neón con el nombre del espectáculo: *man in the hood*, el tipo de la capucha.

Llega por fin lo más esperado del segundo presagio: la particularidad que hace famosa a esta cárcel. El Gran Yusy reparte volantes que dicen *everything goes*, todo vale, animando a la concurrencia a participar; el espectáculo es interactivo. El público toma cerveza, toma Red Bull, se emociona, grita de entusiasmo, se excita locamente. El cielo de Telanisos se enciende. Los encapuchados, en cadenas, están al alcance de la mano. ¡*Treat them like dogs!*!, invita el Gran Yusy, trátalos como a perros, *make their lives a living hell*, ¡vuélveles la vida un infierno!

Una muchacha embarazada pone la bota sobre la cabeza de uno de los presos, le encaja por detrás un bastón fosforescente, se toma un selfie —todos se toman selfies— y lo manda por señal satelital a casa, *look, mom, look, dad, what a lot of fun*, miren qué divertido.

Resuena una voz como salida de una de esas camionetas que recorren los barrios vendiendo cacharros por altoparlante. Esto es no más que un anuncio —vocifera el locutor del megáfono—, *preparaos todos*, porque lo que ha de venir, aún no llega.

—Por mi culpa —dice en su altura el santo—, por mi grandísima culpa.

Olibrios se asusta ante el segundo anuncio e insulta a los consejeros con palabras soeces. Los amenaza de muerte por haber sido incapaces de llegar a un veredicto sobre el santón que traen en entredicho.

—Se acerca Gebrayel el Arcaico —advierte—, ya nos dejó ver su cabellera y pronto vendrá todo entero, trayendo consigo a sus bestias hambrientas.

—¿Un ojo sin santo?

—O un santo sin ojo. Su cuenca vacía es el agujero por el que pasa silbando el tiempo.

En lo alto del pedestal, el Siríaco se deja mecer por el viento, ignorante de la ley de gravedad.

—¿Y no se aburre allá arriba, tan solitario?

Medita en el límite azul, en la frontera imposible de todas las cosas. Padre Nuestro que estás en los cielos, le rezan las gentes a Dios. Y al Siríaco le rezan: Pequeño padre que estás en los cielos, también tú muy arriba, aunque un poco más abajo que Dios, en tu pupila nacen y espejean los cielos de

Telanisos, pululantes de ángeles, y la arena del desierto anida en la doble cueva de tus pulmones, y en los caracoles resecaos de sus orejas, amén.

—¿El Siríaco es ciego ante los presagios? Ya van dos, y él no se entera... ¿Acaso no los descifra?

—Que los ve, los ve; en esas se la pasa. Pero para él son cosa común; digiere pronósticos apocalípticos como quien lee el diario de cada mañana.

Desde su región más transparente, el Estilita ve al mundo pequeño y lejano. Con ternura rayana en la condescendencia, observa el quehacer incesante de quienes se emplean en los oficios ordinarios: los oficinistas, los asaltantes, las meretrices, las aguateras. Todos los que se encargan de las labores de abajo. Él entrecierra el ojo y los bendice: los siglos son un instante en el leve movimiento de su mano.

Se dice que flota en olor de santidad. Hay quienes observan que su cuerpo magro apesta, y que el hedor se extiende como olas de calor. Carcomido está el santo por la lepra de monte. Supuran los pliegues de su piel, curtida y rugosa como un tronco. En sus viejas heridas ponen huevos los gusanos.

Antiguo y aterrador es el tufo de la santidad.

Pero también son muchos los atraídos por el almizcle meloso y floral que emana de su persona. Olor a rosas invisibles

invade su alrededor y convoca a la turbamulta que viene a abreviar en él, como enjambre de abejas.

Deleitoso es el aroma de la santidad.

Por los lados de Ayn al-Arab, un muchacho viola a una muchacha y luego le cercena la cabeza, que exhibe victorioso como trofeo de caza. Pese a su situación, el rostro de ella sigue siendo hermoso. Se le han entrecerrado los ojos y afilado las facciones, y la palidez extrema de su piel vi-driada le imprime un aspecto de Virgen de mosaico. El muchacho no es verdugo, ni siquiera carnicero; es un pastor borracho de guerra.

¡Dónde estás, Mamantonia!, dicen que en casos como ese, el Estilita suspira.

—Oye, tú. ¿Alguien le corta al Siríaco las uñas de los pies y de las manos?

Sus uñas se enroscan en serpentina, pardas y fibrosas, como enredadera seca. Hay quien trama cortarlas y promover su venta como suvenir, al lado de colmillos de elefante y cuernos de unicornio.

—Cosas se han visto.

—Y más todavía.

—¿Prodigios?

—O atrocidades.

Los consejeros más aguzados advierten a Olibrios de una mala maña de aquel que se hace pasar por santo: le dicen que ese hombre pretende superar al Cristo.

—¿Es esa su mácula? ¿La intención de convertir su pilar en una cruz sin brazos?

Desea verse así, como el Cristo en la cruz. Pero más suavemente, más lentamente, respetando la cadencia de los fenómenos naturales. Él, igual al Cristo Jesús, aunque no tanto. Mucho menos tanto. Menos dramático, un poco menos sangriento; más afable aunque más prolongado. El Cristo de los cristianos, según lo vamos conociendo, quema todos sus cartuchos en una sola tarde, en un arrebatado de agonía absoluta, mayúscula, insoportable. Se inmola a las tres de la tarde de un viernes en un estallido único, tan portentoso y escandaloso que desde el Calvario alumbra y deslumbra por los siglos de los siglos, como un astro magnífico y trágico en el instante de su *blackout*.

El Estilita, en cambio, se toma su drama con parsimonia. Olibrios el Rico valora esta cualidad. Este Siríaco va bebiendo su cáliz con cuentagotas, dice.

Y es cierto. Suyo es el desgaste apacible de la rueda del molino, suyos la paciencia del camello y el aguante de la roca. Suyo el sufrimiento circular, nunca definitivo; a veces intolerable, a veces satisfactorio. Dolor y placer fundidos en un sueño.

Así, el estilista de Telanisos. Autoexiliado —o entronizado— en lo alto de su *stylos*, como el gallo en la veleta, como el gaviero en su mástil. Así él, el Siríaco, amo del océano de arena, expuesto él mismo a la vista del pueblo en su mínimo escenario: un metro cuadrado de plataforma, elevada cuatro varas sobre las ondulaciones doradas del desierto.

Hoy cumple el Siríaco seis meses y seis días de permanecer parado y estático sobre su pierna izquierda. Hoy es fiesta mayor en la comarca: la riada humana se desborda. Han traído a sus enfermos y esperan portentos. Hoy se cumple la fecha en que el estilista cambiará de pierna.

A bocanadas, la arena se traga al sol del ocaso.

Al llegar a adolescente, el Siríaco se cansó de hacer milagros y echó a andar en solitario. Y ahí empieza la leyenda de sus travesías por el desierto, de su reclusión en guaridas de fiera, de su no comer ni meterse con nadie, ni conocer mujer, ni cubrirse con ropa. Y de la decisión que acaba encaramándolo en lo alto de una columna.

—Sospechoso invento.

—Pero ya le digo, a él le cabe la gloria de haber sido el primero. Después cundió el ejemplo.

—En qué idioma habla el Siríaco, ¿en arameo?

—Casi no habla. Solo se le oye murmurar el *mea culpa*, y ese va en latín.

—Pero dicen que dice cosas, a veces. Lecciones, o advertencias. La gente no las entiende, pero las interpreta como grandes verdades.

A una mujer yazidí, llamada Rosa de Anáplux, que todas las mañanas asoma por los arcos de la plaza a echarle bayas a los pavos reales, el santo le gritó desde su pedestal en lo más alto, señora, señora —o el equivalente en arameo, d'baíta, d'baíta—, señora, d'baíta, ¡espabila!, ¡no alimentos con migajón a los leopardos!

En otra ocasión le escucharon decir con voz ensimismada: Si me descuido, me quedo dormido y me voy de culo de aquí para abajo.

—Pertinente advertencia.

No le hacen falta palabras, en todo caso: *Alto como una estrella en su desnudez* —dice José Emilio—, su beatífica presencia irradia sobre el mundo.

—Y aquella Mamantonia, la mujer de la espalda torcida, ¿nunca volvió a ver a su hijo favorito?

—Larga historia.

—¿Larga y triste?

—Agridulce y larga.

—Contra su propia madre pecó el Estilita. Los Mandamientos ordenan honrar a padre y madre.

Pecó como cualquiera. Contra nuestra madre todos pecamos, al no lograr quererla y cuidarla como ella nos cuidó y nos quiso. No será eso lo que descalifique al santo.

—¿Cómo se encaramó por primera vez a la columna?

Y sobre todo, ¿para qué diablos lo hizo? Cabría armar así la frase si no fuera impertinente la mención del que sabemos. El Maligno merodea esta historia, la muerde por los bordes, la empaña con su aliento. Urge saberlo. Donde hay extrema bondad, revuelan los demonios. Y desde grandes alturas, las caídas son más hondas; dicho en otras palabras, lo que sube como palma, cae como coco.

Dicen que el Siríaco se encaramó a la pilastra bregando a escapar de su propia fama. En los pueblos, sus devotos le arrancaban la ropa para hacerse relicarios, y hasta tiras de piel y mechones de pelo. Dondequiera que fuera, hasta allá le llegaban, prendían cirios en su loor, quemaban incienso para alabarlo. Pretendían que cantara con guitarra eléctrica. Exigían de él curaciones y quimeras, montaban en cólera si estas no resultaban y le gritaban al santo, eres un farsante y un embustero.

Lo único que él ansiaba era estar solo y andar lejos, midiendo sus propias fuerzas y retando al dolor en sus límites extremos.

—Eso de escarbar en el dolor...yo digo que son malas mañas.

Dicen que aprendió a utilizar su propio cuerpo como laboratorio, para que el dolor lo fuera llevando por caminos luminosos de salud ultramundana. Y que tras mucho golpear a la puerta de lo intolerable, le fue dado visitar los parajes secretos de Juan el Extático, oscuros por fuera e inflamados por dentro, y las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos, los huertos deseados, las cuevas de leones, los lechos floridos. Parece ser que el Siríaco descubrió la ciencia secreta —por no decir demoníaca— de hurgar en el dolor para encontrar el éxtasis.

—Suenan a pecado mortal, eso del éxtasis. O a droga de discoteca.

Dicen que a punta de estómago vacío, supo a qué sabe el pan de los ángeles. Penetró en las tumbas y se refugió en ellas. Y cuentan que fue yaciendo como cadáver en el inframundo, y encajando sus huesos en lo hondo de lo negro y de lo húmedo, como aprendió a no temerle a la muerte.

Dicen los que saben que fue luego, o sea después de eso, cuando tramó el asunto de la columna. Ya le había probado el gusto al abajo y ahora deseaba beber las alturas, y se encaramó a su poste para enterrarse en el cielo, valga decir *encielarse*. Dicen que en el vértigo del aire aprendió a perderle miedo a la vida.

—Para mí la cosa es más sencilla. El santo se encaramó a esa columna para escapar del pecado. Simplemente. Para

poner distancia entre su persona y las tentaciones rastreras del mundo y la carne.

Esa sensata conclusión no pasa desapercibida para Olibrios el Influyente, que agarra papel y lápiz y toma nota. Cuanto más alta la columna, más abajo y más lejos la tentación del pecado. Interesante premisa. Un propósito empieza a gestarse en su cabeza, como en el huevo el embrión que luego será pollo.

Todo se refunde en territorios del desierto, que al no tener bordes, torna las cosas en sus opuestos.

Ya está decidido, anuncia Olibrios el Rico, superando la dubitadera y sacando a relucir el espíritu práctico que les ha asegurado la supremacía, a él y a todos los de su estirpe. Se quedará con Siríaco, no hay de otra. No ha aparecido un santo mejor que ese. Pero tomarán las debidas precauciones. Lo alejarán en lo posible de todas las ocasiones de incurrir en pecado; le facilitarán la tarea.

Lo primero será construirle una columna bastante más alta y un poco más cómoda; que el padecimiento sea tolerable y no llegue a quebrarlo. Nada de cambios sustanciales, apenas un techito y un rudimentario mecanismo de desagüe que permita que sus excrementos bajen; que no tenga que seguir sembrado entre su propia inmundicia. Pero además el santo no estará solo; no conviene dejarlo aislado en los márgenes deprimidos del pueblo, donde tiene acceso a él

cualquier pobre diablo que pretenda venirle con tentaciones o iniciativas aviesas.

La nueva columna será erigida en todo el centro del mismísimo patio del palacio, a tiro de piedra del balcón de Olibrios, y estará defendida día y noche por guardias armados. Y habrá que tomar ciertas medidas administrativas: las básicas.

Se acabó, por ejemplo, ese escándalo de hombres y mujeres revueltos. Se organizará un acceso central para varones, que podrán observar al santo de frente; para las mujeres se acondicionará un espacio trasero desde el cual podrán alabarlo pero no verlo, y menos aún mostrarsele para provocarlo. Las mujeres detrás, donde corresponde. Y se acabó también el quilombo de carpas y toldos hacinados por doquier en camping improvisado y espontáneo; de ahora en adelante, alrededor del patio, equidistantes de la columna, se construirán albergues para peregrinos de cuatro, tres y dos estrellas, y dormitorios colectivos para los migrantes pobres. En síntesis y visto de conjunto, habrá un gran hábitat diseñado en términos más atractivos, en condiciones modernas e higiénicas, con bazares, tiendas de suvenires, aseos públicos y complejo monástico. Todo para resaltar la importancia del santo, convirtiéndolo en el eje del complejo y procurando que se encuentre más a gusto, o al menos no tan incómodo. Y menos librado a su aire, es decir, donde haya posibilidad

de controlarlo un poco. Mejor dicho, colaborándole, poniéndose a sus órdenes si la cosa se le está saliendo de las manos.

Ante la iniciativa de Olibrios, el Consejo se divide; la mayoría aplaude sin reservas, pero unos cuantos señalan un inconveniente insuperable.

—No podemos trasladarlo a otra columna —objetan—, tendríamos que bajarlo de la actual y así incumpliría el juramento: incurriría en ese pecado enorme.

A Olibrios el Rico no lo agarran corto con nimiedades; nadie le salta largo. No por nada los que mandan, mandan: saben pensar más rápido. De antemano, el Influyente trae ese problemita debidamente resuelto: hará construir un puente de la punta de la vieja columna a la punta de la nueva, y así el Siríaco podrá pasar de una a la otra sin tener que bajarse en ningún momento.

Ahora sí, el clamor es unánime. Olibrios se ha dejado venir con la solución perfecta, en todo sentido. El Consejo se pone de pie para aplaudir su astucia. Manos a la obra, entonces; para ayer es tarde.

—¿Y si el Siríaco no está de acuerdo? —en el fondo de la sala suena tímidamente ese interrogante.

—Ya nos encargaremos de que acceda —asegura Olibrios—. Ya nos encargaremos.

Entre tanto, Mamantonia busca al hijo con ahínco. Ha dejado atrás casa, tierra y cabras, en abandono de los demás hijos para correr mundo tras el más amado. Lo pregunta dondequiera que llega, y donde pregunta, escucha versiones. Indicaciones vagas. Que lo vieron comiendo lechuga en las ruinas de una Alepo destruida por las bombas. Que anda flaco como una gata y no se mete con nadie. O por el contrario, que relumbra de bondad y derrama gracias y curaciones. Se contradicen las gentes, no se ponen de acuerdo. Lo describen como un milagrero, un monje rayado, un paranoico, un ermitaño, un líder de multitudes, un antisocial, un sujeto peligroso, un anacoreta, un salvador redivivo, un guerrillero enmontado, un prodigio de santidad. Un nuevo Jesucristo, o un demonio.

A la madre, pobre mujer, le ponen la cabeza como un bombo con tanto cotorreo, y la mandan tras huellas falsas. Cuando llega por fin a un paradero auténtico, hace varios veranos que el hijo se fue de allí y anda por otros rumbos.

Ella lo llama a gritos por las montañas: ¡Siiiiiiiiiii!

Hay quien compadece su angustia de madre y le ofrece un buñuelo o un tazón de mazamorra, o la deja pernoctar en su cocina. Los demás no oyen sus lamentos, ni se percatan de

sus urgencias; estos no son tiempos ni lugares que tengan a las mujeres en cuenta.

—¿Nunca encuentra Mamantonia al hijo?

—No se me anticipe.

En algún momento, ella escucha hablar de una cierta aldea, Telendos, o Telanisos, donde causa revuelo un santón que bala como una oveja. ¡Ese es el mío! Enseguida lo sabe Mamantonia, su pecho por poco estalla y hacia allá se encamina.

Se va acercando al lugar por entre un arrume de andamios, grúas, jumentos de carga, cimientos, excavaciones, polipastos, descargas de cemento y piedras; mucho revuelo y mucho polvero. Está claro que aquí andan construyendo algo importante, quizás una pirámide, o un teatro de la ópera, o una terminal de trenes... Sucede que dada la extrema premura de las circunstancias, Olibrios el Rico le ha encargado su megaproyecto arquitectónico —que consiste en puente entre columna y columna, más centro comercial en torno, con ala de alojamiento y restaurantes— a dos grandes empresas constructoras, 7 peritos y 28 capacitados, que a golpes de látigo movilizan a 300 albañiles y a una innumerable cantidad de mulas y caballos de carga, sin contar a los extras, o alarifes auxiliares, a quienes solo les paga con salchichón y cerveza. Las obras van avanzando al ritmo deseado y sin grandes descalabros: el propio

Olibrios garantiza que así sea, supervisando personalmente hasta el último detalle.

Mamantonia se abre paso a codazos, esquivando a los hombres que cargan ladrillos, evitando caer en las zanjas, maldiciendo a los mulos que amenazan con arrollarla.

—De este punto en adelante, las mujeres no pasan —se le atraviesa un guardia con bigotes y ojillos de nutria, pantorri-llas poderosas y sandalias griegas.

—Vengo a ver al santo —implora ella—, no más eso, no vengo a más, deja pasar a esta pobre vieja.

—Ya no se puede.

—Vengo a traerle berros y nabos, mire, se los hago llegar y enseguida me retiro para no molestar a nadie —Mamantonia le besa las manos al chafarote, pero este no se conmueve y la saca a empellones—. Las mujeres atrás, ya le dije.

Ella se escabulle, avanza en cuatro patas, se hace la invisible, pretende colarse por entre las piernas de la autoridad: al fin de cuentas a una cucha en chancas no la nota nadie. Pero sí que la pillan y la sacan de allí y la mandan a la explanada trasera, la que han designado para el mujererío.

Que se tenga de atrás el que no sepa lo testarudo que puede llegar a ser el amor de madre. Y si es emperrado el hijo que esta señora parió, ella es más empecinada todavía, y no va a dejar que la derroten tan fácilmente. Y menos

ahora, cuando por fin cree haber encontrado rastro de su idolatrado Siri.

Mamantonia es lo que llaman *una mujer recursiva*: la vida le ha enseñado a serlo. Se echa por la cabeza su rebozo de bolita, que tiene más años que ella, se pone de pie, se frota las manos (hinchadas las coyunturas en los dedos flaquitos), y se dedica a rebuscarse, a orillas de la megaconstrucción, un rinconcito propio, preferiblemente en loma para que no se encharque. Con cuatro palos y un lienzo se monta una tienda con fogón en medio, y se instala a vivir: se abre su espacio discreto en la inmensidad del universo y en medio de la montonera.

Y ahí se propone esperar. Hasta que San Juan agache el dedo, o sea para siempre, si fuera necesario. Si no estuviera yo tan jodidamente vieja, piensa.

Va chancleteando de acá para allá por entre el apretuje de gente, se roba de la obra unos azulejos y algo de cemento, se gestiona un poco de agua, alguien le presta una cazuela abollada, otro le socorre una manta, y deje y verá que por ahí debe haber un tronquito, alguna cosa que le sirva de almohada, y así va Mamantonia, juntando chamizos para prender un fuego y hervirse un caldo. Más le vale conseguirse un buen garrote para ahuyentar a los lobos que merodean en la noche, y ahí va ella, viendo a ver cómo le hace para instalarse. Su nueva vivienda no será un Four Seasons, pero qué importa. Y se

promete a sí misma que no va a morir, que aguantará contra tiempo y marea hasta llegar al hijo, pase lo que pase. Viviré para ver ese día, le dice a quien quiera oírlo.

A tarraditos va trayendo tierra negra y se organiza una minihuerta donde siembra verduras, que según le han dicho, es lo único que come el anacoreta. Busca por ahí algún muchacho que pueda traspasar la barrera de los celadores y llegar al otro lado, acercarse a la columna antigua y hacerle subir al santo un par de pepinos y un ramito de cilantro, mediante la soga larga con polea y canasto que para ese fin han instalado los discípulos del santo. Pero tiene que ser ya, ¡corra, pues!, antes de que trasladen a mi hijo a esa otra columna más alta, mire y verá, ya están construyendo el puente que lo llevará de la una a la otra.

—¡Corra, muchacho, vuele! Grítele a Siri que ahí le manda su madre —le pide al emisario.

De día Mamantonia trabaja en su huerta, incansable, y va escuchando los decires que circulan. Una bola de chismes: que si el Siríaco tal, que si el Siríaco cual. Gracias a las murmuraciones, se pone al tanto de la vida y milagros del hijo de sus entrañas, su existencia santificada de sacrificios y de renunciaciones. Todo eso procesa esta madre coraje, y todo lo traga entero. Pero en las noches no duerme; se queda dándole vueltas a la cuadratura del círculo. No logra entender cómo

es posible que Dios necesite y acepte el suplicio de un hombre. Y sobre todo, ¿por qué ese hombre tenía que ser precisamente el Siri? Si tanto te urgía, Dios mío —le reclama—, al menos hubieras escogido a otro.

Entre tanto, la magna construcción avanza. Y la nueva columna destinada al Estilita, primordialísimo protagonista, va quedando erigida en todo el centro, alta y esbelta como un lirio. Dicen que irá rematada en orden corintio: con fuste acanalado. Y a manera de capitel, tendrá hojas de acanto talladas en mármol. Sobre el capitel ajustarán una plataforma con barandal y medio techo, que estará dotada de instalación sanitaria: toda una novedad en materia técnica. Dicen que cuando esté lista, será una pilastra espléndida y sólida, de quince varas de altura, y que en bajo relieve policromado relatará los hechos del Siríaco. Monumento como este, ningún otro estilita tendrá ni tiene.

Se corre la voz de que a la plaza de armas piensan llamarla Times Square, pero enseguida la gente monta chacota y la apodan End of Times Square, o Plaza del Final de los Tiempos, así que las autoridades desestiman el bautizo en esos términos. Barajan más bien otros nombres: Place de la Concorde, Piazza del Popolo, Puerta del Sol, Midan Tahrir, Tenochtitlán, Plaza de Mayo... Muchas iniciativas y poco acuerdo. Y más vale que se apuren: corre prisa. Y están atorados en

esa discutidera, o alegato bizantino, cuando empieza lo bueno. El escándalo de los caballos. Recuas de caballos de fuego galopando por el cielo.

—¿Llegó el tercer presagio?

Así es, según la inevitabilidad de las cosas. Con el tercer presagio, asoma Gebrayel emberrionado, con misiles bajo el brazo y serpientes por cabellos.

Pero se va dejando venir poco a poco, o por etapas: como toda venganza que valga, Gebrayel se la sirve fría. Su anuncio va naciendo de madrugada y apenas como rumor: a un Olibrios todavía dormido le llegan hasta la cama con la noticia de que alguien le prendió fuego a su bien máspreciado, las pesebreras donde alberga a sus cien potrancos de la raza Akhal-Teke, o caballos místicos, tan suaves como la seda y tan brillantes que parece que llevaran la luz por dentro; bestias siderales, altivas, antiguas, de mirada inteligente y cabeza afilada al cabo del largo cuello arrogante, rasgo que les da cierto aire de pájaro, o de grifo. Animales orgullosos, sabedores de su don: la belleza absoluta. Y estilizados hasta lo sublime, como pintados por el Greco.

—Que yo sepa, el Greco no pintó caballos.

—Sí que los pintó. Unos cuantos, sobre todo blancos.

En fin, el Greco no viene a cuento. Lo que hay es caballada soberbia y digna de los dioses, para decirlo en una sola

frase. Y ahora vienen a despertar a Olibrios el Influyente con la novedad de que su mayor tesoro se deshace en ceniza, en medio de grandes carrerones y relinchos.

También por el pueblo vuela la noticia: hay quienes dicen haber visto con sus propios ojos recuas de caballos en llamas, esparciendo el incendio y sembrando el pánico.

¡Se queman los cien Akhal-Teke, unos de azabache, otros de plata, los demás de oro puro! Arden como demonios de la crin a la cola, tirando pedos de éter y echando centellas por ojos y hocico. ¡Se desbocan en alas de locura por estos cielos ardidos, por este desierto en ascuas!

Y es indescriptible el furionón que se agarra Olibrios cuando se entera, él, ya de por sí hipoglicémico y por tanto de pésimas pulgas antes del desayuno. Ante la mala noticia referente a sus caballos, el Influyente anda fuera de sí: ahora conoceremos el tamaño de su cólera. ¡Prenderle fuego a sus bestias suntuosas, a las que venera más que a sus amantes nubias! ¡A las que mimas más que a sus propios hijos! ¡A las que cepilla él, personalmente, hasta sacarles relumbre! Esos caballos consentidos como hetairas, que le han costado diez millones de dólares por cabeza. Dios nos libre de la rabia de los poderosos.

Enseguida, Olibrios el Rico manda traer a Jordanes, el encargado de sus caballerizas: su *magister militum*. Y ahí mismo, sin derecho a respingo, hace que lo azoten con un zurriago.

De nada sirve que los consejeros intenten advertirle que no le eche la culpa al servidor fiel, porque los que corren sin control y como hogueras vivas no son los caballos de su propiedad, sino otros más temibles: los del apocalipsis. Y que el responsable de ese desmadre no es el bueno del Jordanes, alma inocente, sino el propio Gebrayel, que ya se acerca y está enviando al mundo su tercer aviso.

Ante este argumento, el Influyente se serena un poco, acepta reflexionar, camina hasta sus establos y comprueba que, en efecto, sus caballos negros y dorados siguen ilesos y altivos como esfinges. Pero para todo efecto, es demasiado tarde: Jordanes, *magister militum*, yace vuelto un guiñapo; ya tiene sus buenos años y es posible que no sobreviva a la paliza que le han dado.

A Mamantonia las visiones no la amedrentan: qué caballos pedorros ni qué ocho cuartos. Ni corta ni perezosa aprovecha la confusión y el espanto generalizados, y sin pensarlo dos veces, le apunta a su cometido estratégico. Se calza sus huaraches, se arrebujá en su rebozo de bolita, y como una sabandija se cuela por debajo de la valla electrificada. Por poco la dejan

frita los corrientazos, pero eso no la detiene: con todo y quemaduras, se cuele al otro lado. Al atravesar terrenos hirsutos y peñascales, pierde las chanclas y se corta la planta de los pies con el filo de las rocas. Pero no importa. Sigue corriendo como una sombra hasta llegar a la zona vedada... y allí por fin la ve. A unos ciento cincuenta pasos de distancia, ve la vieja columna con su estilita encaramado.

Y encuentra por fin a su hijo, tras haberlo buscado la vida entera: lo encuentra y en ese instante se corta en dos el tiempo de esta historia. Lo encuentra y en él se encuentra, se reconoce y lo reconoce, ¿cómo podría haber sido de otra manera, si él es carne de su carne y sangre de su sangre? Si él es ella misma, pero más joven, con otro empaque y embeleco propio.

Mamantonia encuentra al hijo de sus entrañas pero no puede abrazarlo, apretarlo contra sí, curarle el archipiélago de laceraciones, dormirlo en sus brazos, soltarle la ristra de quejas y de reproches que viene acumulando desde hace tanto, cantarle unas cuantas verdades, llamarlo al orden. Nada de eso puede hacer, porque el hijo está lejos del alcance.

—Baja, hijo —le ruega—, baja un momento, cúrame este dolorón de espalda que me está matando. Como cuando eras niño, ¿recuerdas? Baja, hijo, no seas necio, mira que me estoy volviendo vieja.

—¿Y él baja?

Él no responde. Se encuentra más allá, entregado a su misión, tragando dirigibles y transportado en vuelos cósmicos, o a lo mejor anda absorto en la desbandada de los caballos. Lo mismo da. Él es así: ensimismado y ecuménico. Y en cambio su Mamantonia es una mujeruca tan del común, tan de pie a tierra... Podría cantarle al hijo con guitarrones, como en las serenatas de José Alfredo: *Tú y las nubes me traen muy loca, tú y las nubes me van a matar, yo p'arriba volteo muy poco, tu p'abajo no sabes mirar.*

Qué desgarró en su pecho de madre cuando cae ante el hijo doblada en dos y de rodillas, viendo allá encaramado a su niño, convertido ya casi en cadáver, en fenómeno de feria, en cuerpo maltrecho hasta la agonía, apestoso y demente, esquelético, mechudo y tuerto. Con pañuelo de cuatro nudos en la cabeza, como hincha del Boca. ¡Ay, de mi niño lindo! ¡Ay, de mi Siri!

Olvidado de sí, el hijo de sus entretelas. Y desde luego olvidado de ella: así lo ve la madre. Allá arriba él, como en un trance. Qué tristeza y qué vergüenza, ni que fuera simio su muchacho. Y se rompería su corazón de madre si no estuviera roto desde hace tiempo.

—¡Ay, de mi niño, a qué hora te dio por esas! —le grita ella—. ¿Y dices que esa es tu forma de alabar a Dios? Pues que Dios te perdone, hijo, por el espectáculo impúdico de tu

desnudez, y por tus ínfulas. Bájate de ahí, cariño, ya déjate de rarezas, ven que te limpio la cara y te doy de comer, vuelve a casa que no hay quien cuide el rebaño, y tus hermanos resienten mi olvido y tu desprecio. Ya estuvo bueno de indolicidades y de insolencias, yo te perdono, hijo mío, borrón y cuenta nueva, pero ahora vuelve a casa, vivamos la vida discretamente y con humildad, como Dios manda.

Pero la columna es alta y su voz no llega; por más que le grite, él no atiende ni entiende. Y ella no atina a encontrar la manera.

Lo que está pasando en él —su madre no puede verlo aunque lo tenga delante—, es un fuego lento que lo hace arder sin quemarlo. Ha aprendido a vivir tan adentro de sí, que está a años luz allá afuera.

—Espabila, hijo —se queja ella—, que andas borracho.

—Borracho de luz —responde él, como hablándole al aire—. Y traigo de allá noticias buenas.

—De allá dónde, hijo.

—De allá, del Universo.

—Y esas noticias, ¿cuáles serán?

—Que todo está bien. Todo está en paz. El Creador extiende su unidad.

—Quién te dijo semejante cosa.

—Me lo dijo la Voz.

—Y qué voz es esa...

—La que me dice Yo soy la Luz.

—Qué más te dice la Luz.

—Con eso me dice todo.

—Y ese alboroto horrible de caballos, ¿acaso no te enteras?

Sí que lo ve el santo, espléndidamente; desde allá arriba se divisa la estampida como en cinemascopio, como si fuera carrera de carros entre Messala y Benhur en la superproducción que lleva el nombre de este último. Pero aquella visión tremendísima no perturba la creencia del Siri en que *todo horror es solo una ilusión y Dios se esconde tras él*.

—Esa voz que habla contigo —insiste la Mamantonia—, ¿no te ha dicho acaso que están a punto de sembrarte en el centro del patio más principal, para convertirte en bufón del poderoso? ¡Quieren tu alma limpia para trapear el piso! Vamos, hijo, bájate de allá, dile a esa voz que está atrasada de noticias, cómo así que todo bien, si todo va para el carajo. Vámonos, Siri, que en tiempos oscuros es mejor estar en casa.

Se deshace en lágrimas la mujeruca y quisiera ver al hijo con otros ojos, valga decir: verlo como lo ven otros, o como se ve a sí mismo, una testa colosal desprendida del resto del cuerpo, tan inmensa y sobrehumana como las cabezas olmecas en las planicies del Papaloapan, o los cráneos de piedra de la Cadena del Toro. Es decir, una entidad semidivina,

inmensa, a salvo de la corrupción terrena y más allá del bien y del mal. Pero no es eso lo que ve la madre.

¡Ay, hijo mío!, llora ella, y del fondo del pecho le sale un lamento viejo como el mundo: ¡Ayayay!

Ayayay, como había sido antes, tantos años atrás: ayayay, ¡se cayó mi niño y se raspó un codo! Ayayay, que lo picó una avispa, ayayay, que le dan las fiebres de angina o los cólicos de estómago. ¡Ayayay!, como cuando él era muy pequeño y se quejaba... (Los primeros vocablos del niño son los del dolor).

¡Ayayay!

Y ese sonido familiar, tan quedo, tan delgadito, se cuele por el caracol del oído del santo, trayéndole el recuerdo de aquel otro tiempo en que la santidad se daba por descontada y flotaba en el aire sin etiqueta ni nombre.

—¿Las ovejas, madre? —pregunta el Siríaco, como si algo muy profundo se hubiera roto en él, o como si algo muy profundo hubiera sido recuperado.

Digamos que las ovejas fueron su magdalena proustiana, o algo por el estilo: la lente que le permite verse con nuevos ojos y adivinar, en su propio afán de alturas, el germen de la insolencia. Tal como había advertido el viejo Isaías de la Biblia, profeta de tiempos de antes: *Subirás a los cielos, alzarás tu trono por encima de las estrellas, subirás a la cima de las nubes, querrás ser como el Altísimo.*

Y entonces Siríaco, Estilita de Telendos, toma una decisión. Y desciende.

—¿Se bajó, quieres decir? ¿Se bajó de la columna?

—Así como lo oyes. Cuando ve aquella torre tan pretenciosa y encumbrada en la que están a punto de entronizarlo, el santo se echa la bendición, y por la misma sogá con que le suben el pan, se va bajando de su tarima, poco a poco, hasta que llega ese momento histórico e irrepetible en el que pone pie a tierra y da el primer paso. One small step for man... dirá después desde la luna Armstrong: un pequeño paso para un hombre, un paso inmenso para la humanidad.

El Siríaco ha incurrido por fin en pecado: ahora sí y de manera irrefutable. Por culpa suya y solo suya, el augurio destructor parece ineludible.

Entre tanto, el desarrollo del tercer anuncio estalla en un clímax grandioso: los caballos se debocan dejando a su paso deslumbrantes regueros de chispas y océanos de lava. La rebelión de los purasangres anuncia que ya está encima, triste, solitario y final, el día del acabose. ¿El punto de no retorno habrá empezado a desenchiparse? Es posible.

Pero no es eso lo que inmuta al Siríaco, para quien no hay pronóstico que valga porque lo venidero ha ocurrido ya, y Armagedón no pasa de ser un desajuste momentáneo en medio de la gran calma de Dios.

—¿Acaso no reconoce su gran pecado?

—Quién sabe. Al fin de cuentas bajarte de un palo si te da la gana hace parte de los derechos humanos fundamentales.

—Pero rompió la promesa...

—Hay promesas que están hechas para romperlas.

—¿Cuál fue entonces su grandísimo pecado?

—Había algo ostentoso en tanta virtud. Fue la madre quien supo echárselo en cara, pero ya varios veníamos observando esa inclinación peligrosa. Pecado de desmesura, por ahí va el asunto.

—¿Desmesura? Ese pecado no quedó registrado en el decálogo de las Tablas de la Ley.

—Falla de Moisés. Otro gallo nos cantara si lo hubiera incluido, y en primer renglón.

Pecado de soberbia y desmesura: empeñarse en perseguir un destino que te excede. *Hybris*, que llaman. Desconocer los límites de lo humano, o pedar por encima del culo, para hablar en cristiano.

—Para qué le caes al santo, habiendo tanto pecador suelto. A mí me gusta ese hombre, peque o no peque. No solo se está bajando de su columna, sobre todo se está bajando de su propio prestigio. Más difícil todavía.

Ahora tendrán que salir corriendo, esa madre y ese hijo; escapar de aquel lugar antes de que pase el aturdimiento debido a la barahúnda equina, y gentes y autoridades caigan en cuenta de que se escapa el santo.

Si no es ya, van muertos. ¡Rápido, hijo, rápido! Pero cómo va a correr, ese hijo suyo, si sus piernas se han olvidado de caminar, tan adiestradas en la quietud extrema y en el aguante.

Por primera vez en años no hay nadie por allí, en este paraje siempre atestado de devotos, rezanderas, reporteros, discípulos y aspirantes. El gentío se ha desplazado llevándose consigo la agitación y la alharaca. Los más histéricos corrieron a buscar refugio contra la hecatombe; los más serenos alcanzan posiciones de primera fila para presenciar el fabuloso circo celeste de los caballos de fuego.

Hoy el único milagro es este: la luz de la mañana clara, que ha de permitirle al Siríaco emprender el descenso clandestinamente y en privado, sin público que monte escándalo, ni guardias que intervengan, ni curiosos que den la voz de alarma. Soledad amable y silencio cómplice que propiciarán el momento en que la madre ayude al hijo a dar sus primeros pasos, como si el tiempo se mordiera la cola y los devolviera a los estadios tempranos y a las enseñanzas de la primera infancia.

Ella lo llevará prácticamente en brazos, con una delicadeza enorme, como si él fuera de vidrio y pudiera quebrarse, o fuera de barro y pudiera desintegrarse —ya para entonces no debía pesar ni treinta kilos—, y lo irá guiando palmo a palmo, sirviéndole de bastón, hasta guarecerlo tras unos matorrales. Palabra esa, *matorrales*, propia del trópico y exagerada para estos eriales, donde la vegetación, en su mejor faceta, no pasa de ser unas cuantas madejas de espinos, escasas y ralas. Precario el escondite, pero algo es algo.

Allí dejará la Mamantonia a su hijo dilecto, acomodado entre unas pajas cual Niño Dios en pesebre, mientras ella corre a lo que dan sus fuerzas hasta donde se afianzan las obras monumentales. Habría que verla: remozada por la dicha del reencuentro, acicateada por un chutazo de adrenalina e impulsada por el único y fiero propósito del escape, la viejuca volará descalza por esos pedregales con la agilidad y el nervio de una cabra joven.

Las obras cívicas de Olibrios, hasta la noche anterior hirvientes de actividad y ruidajón de máquinas y gritos de hombres, a partir de esta madrugada permanecen desiertas y paralizadas, como si al escenario lo hubiera congelado una capa de hielo. Como en el castillo de la Bella Durmiente, o como en Pompeya tras la lluvia inesperada de lava y ceniza, aquí las rutinas y los oficios también han sido dejados de lado.

Interrumpido el trasiego de materiales, suspendidos en seco la construcción y el derribo. Abandonados y quietos, como el huso del castillo de marras, han quedado los montacargas y los compactadores, los tacómetros y altímetros, las plomadas y los yunques. Alguien dejó tiradas las sondas, las palas, los clavos, las mazas y cuerdas, las palancas y pisones, los mármoles y granitos, los morteros y maderas. Han huido los *quadratarius*, los *lapidarius*, los escultores, los lampistas y los paletas, los arquitectos, los sacamicas: aquí no queda nadie ni se mueve nada.

Atolondrados por igual los capataces y los obreros, los que llevan el látigo y los que ponen la espalda, todos se han unido al resto del pueblo en desbandada general. Desde Olibrios el Rico, hasta sus consejeros, esclavas y caballerangos, no hay quien no corra hacia la explanada donde mejor se observa el despliegue, todos boquiabiertos y atemorizados, mirando al cielo con suprema ansiedad, pendientes de saber cómo será que se cumplen los pronósticos nefastos.

Sacando provecho de esta deserción tan extensiva y para ella tan conveniente, Mamantonia se cuela a esa zona electrificada que trae carteles de obras en proceso, perdone las molestias, y busca lo que trae en la mente hasta que lo encuentra: una carretilla. Le echa mano, se la apropia y con ella baja hasta donde la espera el hijo, acurrucado tras el espino

enmarañado. Le acerca entonces la carretilla, lo ayuda a levantarse y a acomodarse, con chamizos le medio cubre el cuerpo, le oculta el rostro con su rebozo y se vuela con él, desierto adentro.

—Pero ni siquiera una madre tan obstinada puede impedir que la carretilla se vaya enterrando por esos arenales.

La marcha es lenta y dificultosa, esa es la verdad. La huída está tardando demasiado.

—¡Atrapen a esa vieja, véanla, allá va, atrápenla! ¡Se robó una carretilla, la muy zorra! —el grito de uno de los capataces hubiera podido despertar al mundo, y siguiendo sus órdenes saldrían enseguida dos o tres obreros en la persecuta.

No parecería difícil alcanzar a la infractora: no es mucho lo que puede correr una anciana con una carretilla que se le atasca a cada nada. En un santiamén quedaría cumplida la orden: de dos zancadas habrían llegado hasta ella para atajarla, a ella y al infeliz que llevaba cargado.

—¿Recuperaron entonces la carretilla?

Aseguran que sí. Y que al grito de ¡ladrones!, ¡malparidos rateros!, procedieron a moler a los dos fugitivos a palo. Los molieron, literalmente; nunca mejor utilizado el término. Mataron a golpes y volvieron compota a la mujercita y al desgraciado que iba con ella, a quien por supuesto no reconocen, ni remotamente: ni se les pasa por la cabeza que pueda tratarse del

prestigioso estilista tan venerado, tan decisivo para los planes del rico Olibrios en estos momentos cruciales; el único ser que nunca ha pecado (o al menos muy poco); el emisario de Dios; el asceta de gloria extendida por el Levante y sus vecindades. No barruntaron aquellos hombres a quién estaban liquidando a garrotazo limpio: no lo supieron ni lo sabrán, ni ellos ni nadie.

La muerta era apenas una vieja sin zapatos y sin nombre, y el muerto apenas un despojo, un semicadáver como tantos y tantos que se dejaban venir por aquellos lares, a ver si de pronto la salvación los favorecía por efectos de la fe, o por carambola; uno más entre los que iban llegando comidos de lepra o afectados de tisis o fulminados por los ataques, uno más entre docenas de boquiches, endemoniados, paralíticos, tullidos, sidosos, ciegos o mutilados que constituyen la inmensa masa doliente.

Uno más, y nada más. Al fin de cuentas, Santo Siríaco Estilista, tan afamado, tan importante y tan milagroso, venía siendo demasiado igual a aquellos miserables urgidos de sus milagros.

Aunque ese mismo argumento no deja de ser cierto si se lo lee en reversa, o sea para el otro lado. Precisamente porque no reconocen al santo, ni se dan cuenta de quién se les escapa, precisamente por eso: los dos prófugos se salvan.

Digamos que los caballos, hasta hace un momento utópica visión o delirio colectivo, empiezan a aterrizar, ya corpóreos, a

hacer de las suyas. Sus patas se han vuelto ruedas de tanque; su lomo, caparazón blindado de armadillo metálico. Y entran a todo galope, ardiendo en rabia, a cañonazo limpio, por las puertas de Telendos, para matar a los primogénitos —pongamos por caso— o exterminar a las veintisiete tribus del desierto, o clavar en una pica la cabeza cercenada del Influyente, o ejecutar algún otro castigo de los bíblicos. Pongamos por caso.

Y en medio de semejante atafago, suena inverosímil que alguien demuestre preocupación por una vulgar carretilla. Por ahí hace agua esa versión, que se diría oficiosa y amañada. No se conoce el capataz que deje que maten al mayor de sus hijos, o que unos cuadrúpedos le incendien la casa, solo por recuperar una triste carretilla que al fin de cuentas pertenece al amo. No se le conoce.

—¡Entonces lograron fugarse! La madre y el hijo, ¿se fugaron?

La madre es habilidosa, eso ya se sabe: haciéndose pasar por una del montón, habría ido suplicando, ¡déjame pasar, se me muere mi hijo, es mi primogénito y está muy enfermo, si no me lo llevo van a liquidarlo estos tanques invasores y atarvanes! O también: ¡Déjame pasar, tú, obrero de la construcción, o tú, guardia pretoriano, ve a ocuparte de tus propios hijos en vez de estar aquí, jodiendo a los ajenos! Y se habría salido con la suya.

—Puede ser, por qué no.

Versiones hay varias, y una sola cosa verdadera. Más tarde o más temprano, transcurrido mucho tiempo o poco, yacerán madre e hijo en medio del desierto, a entera disposición de una manada hambrienta de chacales, que en todo caso no se darán un gran banquete con ese par de flacos: bastarán apenas dos mordiscos para dejar a Telendos, o Telanisos, sin santo que la proteja de la embestida final de Gebreyel, el malo.

En un montoncito ya calcinado se arrumarán los huesos de la madre, los huesos del hijo, ¿cuál tu fémur, cuál mi cráneo?, ya indistintos y revueltos con los restos de otros muertos silenciosos de la Tierra, o de los nonatos. Como fuera en un principio, cuando todos se hacían bola en un solo ser. O antes todavía, cuando aún no eran nada y flotaban en la levedad más diáfana, adonde habrán regresado los dos y habrán logrado, quizás, la santidad anhelada: serán *lo gris contra lo gris, copiando incansablemente el color de la arena* (Watanabe *dixit*).

—Y entonces, ¿qué hay de los relicarios que circulan con astillas de los huesos del Siríaco?

—Falsos como toda reliquia, irreales como todo santo.

Sin dolores ni contradicciones, sin vanidades y para siempre, madre e hijo serán dos y serán todos, y serán con todos *Synanceia horrida*, o sea piedra entre las piedras, o tigre de

Bengala, que sabe mimetizarse en los pastizales. Y no ostentarán honores, no tendrán carnet de identidad ni pagarán impuestos, y sabrán desentrañar, por fin, el secreto del cen-zontle, que imita el trino de otras aves, el ruido de una sierra eléctrica y la detonación de un disparo. Ya podrán sus huesitos pelados preguntarle al pájaro políglota: Si yo cantara un aleluya, ¿tú sabrías imitarme? Y el cen-zontle repetirá como un eco sus palabras.

El desierto se tragará al Siríaco y a su madre, y nadie hará reliquias con sus restos. *Nec spe, nec metu*. No habrá esperanza, y no habrá temor tampoco.



LAURA RESTREPO

Nació en Bogotá en 1950. En 1986 publicó su primera obra, *Historia de una traición*, que en 1995 sería reeditada como *Historia de un entusiasmo*, seguida por las novelas *La isla de la pasión*, *Leopardo al sol*, *Dulce compañía*, *La novia oscura*, *La multitud errante*, *Olor a rosas invisibles*, *Delirio*, *Demasiados héroes*, *Hot sur*, *Pecado*, *Los Divinos* y *Canción de antiguos amantes*.

Sus novelas se han traducido a treinta y dos idiomas y han merecido varias distinciones, entre las que se cuentan el Premio Sor Juana Inés de la Cruz de novela escrita por mujeres; el Prix France Culture, premio de la crítica francesa a la mejor novela extranjera publicada en Francia en 1998; Premio Arzobispo Juan de San Clemente 2003; Premio Alfaguara 2004 y Premio Grinzane Cavour 2006.

Está considerada por el público y la crítica como una de las grandes voces de la literatura actual en español.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 18 | ALGUNOS SONETOS
<i>William Shakespeare</i>
<i>De traducción: William Ospina</i> |
| 4 | CUENTOS
<i>Julio Cortázar</i> | 19 | EL ÁNGEL Y OTROS CUENTOS
<i>Tomás Carrasquilla</i> |
| 7 | EL GATO NEGRO Y OTROS CUENTOS
<i>Edgar Allan Poe</i>
<i>Traducción: Javier Escobar Isaza</i> | 20 | IVÁN EL IMBÉCIL
<i>León Tolstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| 8 | EL BESO Y OTROS CUENTOS
<i>Anton Chejov</i>
<i>Traducción: Editorial Norma</i> | 21 | FÁBULAS E HISTORIAS
<i>León Tolstoi</i> |
| 9 | EL NIÑO YUNTERO
<i>Miguel Hernandez</i> | 22 | LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
<i>León Tolstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| 11 | EL CURIOSO IMPERTINENTE Y UN ELOGIO A LA LECTURA
<i>Miguel de Cervantes</i> | 24 | SIMBAD EL MARINO
<i>Relatos de las Mil y Una Noche</i> |
| 14 | LA CASA DE MAPUHI Y OTROS CUENTOS
<i>Jack London</i> | | |

- 25** LOS HIJOS DEL SOL
Eduardo Caballero Calderón
- 27** DR. JEKYL Y MR. HYDE
Robert Louis Stevenson
- 28** POEMAS COLOMBIANOS
Antología
- 29** TRES HISTORIAS
Guy de Maupassant
- 30** ESCUELA DE MUJERES
Molière
- 31** CUENTOS PARA NIÑOS
Anónimo
- 32** CUENTOS LATINOAMERICANOS I
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti
- 34** CUENTOS LATINOAMERICANOS II
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca
- 35** BARTLEBY
Herman Melville
- 37** CUENTOS LATINOAMERICANOS III
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique
- 38** CUENTOS LATINOAMERICANOS IV
José Donoso, Sergio Pitlor, Guillermo Cabrera Infante
- 41** CUENTOS LATINOAMERICANOS V
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia
- 43** CANCIÓN DE NAVIDAD
Charles Dickens
- 44** MITOS DE CREACIÓN
Selección de Julio Paredes
- 46** MISA DE GALLOY OTROS CUENTOS
Joaquim Maria Machado de Assis
- 49** CUENTOS PARA RELEER
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós
- 52** EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
Joseph Conrad
- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 57** LA VIDA ES SUEÑO
Calderón de la Barca
- 58** POEMAS ILUMINADOS
*Santa Teresa de Jesús
Fray Luis de León
San Juan de la Cruz*

- 60** HISTORIAS CON MISTERIO
Ueda Akinari
- 61** CANTOS POPULARES DE MI TIERRA
Candelario Obeso
- 62** UNA CIUDAD FLOTANTE
Julio Verne
Traducción: Alejandra de Vengoechea
- 66** RELATOS EN MOVIMIENTO
Manuel Gutiérrez Nájera
- 67** HISTORIAS DE MUJERES
Luisa Valenzuela
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 74** LA HISTORIA DE RASELAS, PRÍNCIPE DE ABISINIA
Samuel Johnson
De traducción: Diego García Sierra
- 75** ANACONDA Y OTROS CUENTOS
Horacio Quiroga
- 77** ESCRIBIR EN BOGOTÁ
Juan Gustavo Cobo Borda
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguéniev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS. TEXTOS PORTUGUESES SOBRE EL MAR
José Maria Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
Varios autores
- 98** POESÍA SATÍRICA Y BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 100** TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA
Gabriel García Márquez
- 102** DE MIS LIBROS
Álvaro Mutis
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez

- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores
- 119** GUADALUPE AÑOS SIN
CUENTA
Teatro La Candelaria
- 120** PRELUDIO SEGUIDO DE LA
CASA DE MUÑECAS
Katherine Mansfield
Traductora: Erna von der Walde
- 121** SYLVIE, RECUERDOS DEL
VALOIS
Gérard de Nerval
Traductor: Mateo Cardona
- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 137** SHAKESPEARE, UNA
INDAGACIÓN SOBRE EL
PODER.
Estanislao Zuleta
- 139** CUENTOS MÍTICOS DEL
SOL, LA AURORA Y LA
NOCHE
Teófilo Braga
Traducción Beatriz Peña trujillo
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio

- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A
LO LEJOS
14 TEXTOS BREVES
Virginia Woolf
- 160** SEIS PERSONAJES EN
BUSCA DE AUTOR
Luigi Pirandello
- 161** VACÍO Y OTROS CUENTOS
Andrés Caicedo
- 164** POR FIN HA COMENZADO
EL FIN
*Eun Heekyung, Han Kang,
Jung Young Su,
Kim Kyung-uk y Lee Moon-jae*
- 165** IDEAS DE CANARIO
Joaquim Machado de Assis
- 169** EL HOMBRE QUE EL AGUA
SE LLEVÓ
Fabio Morábito
- 172** UN ARTISTA DEL HAMBRE
Franz Kafka
- 176** ENTRE LA ESPADA Y LA
ROSA
Marina Colasanti

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



SOBERBIA



El Siríaco fue editado
por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes
para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el
número 177, y se imprimió en el mes de
octubre del año 2024 en Bogotá.



177

“Desde la soledad de su mirador,
el Siríaco desafía a la noche y se atiene a las consecuencias:
ante él se abre un abismo de maravillas y de terrores”.

(de *El Siríaco*)



COLECCIÓN UNIVERSAL

libro al
viento

Apoya:



Red Distrital
de Bibliotecas
Públicas de
Bogotá



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

